

« ¿Porqué no he de consentir? » preguntó Guntér. « Con mucho gusto concederé á la reina todo lo que me pida, porque es mi hermana. Nosotros debemos anticiparnos á todo lo que sea para su honor. »

Pero Hagen replicó: « Desechad ese propósito. Si conocierais á Etzel como yo, experimentaríais no sin motivo muchos cuidados y penas, en el caso de que ella se uniera á él según se pretende. »

« ¿Porqué? », preguntó Gunter: « puedo muy bien no unirme á él y no experimentar su cólera aunque se haga su esposo. » Enseguida replicó Hagen: « Jamás os daré tal consejo. »

Hicieron buscar á Gernot y á Geiselher para preguntar á los dos si les parecía bien que la señora Crimilda tomara por esposo al elevado rey. Hagen volvió á negarlo, pero ninguno más.

Así dijo Geiselher el héroe de los Borgoñones: « Ahora podéis manifestar alguna lealtad, amigo Hagen: resarcirla ahora de los males que le habéis causado. Dejar de negar lo que pueda ser un bien para ella. »

« Ya habéis causado á mi hermana grandes penas. » Geiselher añadió aún: « Si os odia, no es sin motivo; nadie ha quitado á una mujer tanta felicidad. »

« Quiero haceros comprender lo que no veis. Si se hace esposa de Etzel y sigue viviendo en su país, nos hará experimentar grandes pesares. Allí tendrá á su servicio muchos hombres valientes. »

El fuerte Gernot respondió á Hagen: « Puede muy bien suceder que antes de la muerte de los dos, no visitemos el país de Etzel. Les seremos fieles y con ello conseguiremos honor. »

Hagen replicó al momento: « Nadie me responderá de eso. Digo que si la noble Crimilda ciñe la corona de Helke, no sé como será, pero nos sucederá una desgracia. »

Entonces dijo con colera Geiselher, el arrogante hijo de Uta: « Nosotros no obraremos todos traidoramente. Debemos estar contentos del honor que nos hacen. Por más que digáis, Hagen, siempre la serviré fielmente. »

Cuando Hagen escuchó estas palabras, se irritó. Geisel-

her y Gernot, los elevados y nobles caballeros y Gunter el rico, acordaron que si Crimilda quería, consentirían en el matrimonio sin ninguna mala intención.

El margrave Gere dijo entonces: « Le preguntaré si quiere complacer al rey Etzel. Le haré saber que muchos guerreros le están sometidos con respeto, y que él puede resarcirla de todas las penas que ha sufrido. »

El distinguido héroe fué á donde estaba Crimilda. Ella lo recibió cariñosamente; enseguida le dijo: « Bien podéis saludarme y concederme la recompensa de los mensajeros: un gran placer viene á sacaros de vuestra desgracia. »

« Por vuestro amor, señora, un rey poderoso entre todos los que con honor han ceñido corona, envía nobles guerreros para pedirnos en matrimonio: esto es lo que vuestros hermanos os hacen saber. »

Así contestó la rica en pesares: « Libreos Dios á vos y á todos mis amigos de gastar esas burlas con una pobre viuda: ¿qué puedo yo ser para un hombre que merece el elevado amor de una buena mujer? »

Añadió muchas otras objeciones. Llegaron enseguida su hermano Gernot y el joven Geiselher. Le suplicaron amorosamente y calmaron su espíritu diciéndole, que si aceptaba al rey, sería un bien para ella.

Por más que hicieron no pudieron lograr que la reina concediera su amor á otro hombre en la tierra. Y le dijeron los héroes: « Ya que no hagáis más, recibid al menos con calma á los mensajeros. »

« No me negaré á ello » respondió la elevada señora. « Recibiré con agrado al buen Rudiguero por sus elevadas virtudes, pero no recibiré á ningún mensajero, más cualquiera que venga. »

Añadió: « Decid al héroe que mañana por la mañana venga á mi cámara. Quiero que me escuche, y yo misma le daré á conocer mi decisión. » Después rompió á llorar con gran aflicción.

Lo que más deseaba el noble Rudiguero era ver á la distinguida reina. Se tenía por hábil; si la cosa era posible, el guerrero contaba decidirla en su favor.

A la mañana siguiente muy temprano, en tanto que cantaban la misa, llegó el noble mensajero; la multitud se apiñaba. Allí con Rudigüero para acompañarlo a la corte, se veían muchos guerreros magníficamente vestidos.

La pobre Crimilda, con el espíritu triste, esperaba á Rudigüero el noble emisario. La halló con el vestido que se ponía todos los días, pero su acompañamiento tenía magníficos trajes.

Salió á su encuentro hasta la puerta y recibió con cariño á los guerreros de Etzel. Se adelantó el duodécimo y le hicieron cordiales ofrecimientos. ¿Cuándo se había recibido á más noble mensajero?

Hicieron sentar al héroe y á su gente. Los dos margraves Eckwart y Gere, los nobles y buenos caballeros estaban de pié ante ella. La presencia de la señora de la casa, no dejó de imponer á ninguno.

Veían sentadas allí muchas hermosas mujeres. La elevada señora Crimilda era toda dolor. Su traje que le cubría hasta el cuello, estaba humedecido con las lágrimas ardientes. Bien vió el noble margrave su grande aflicción.

El distinguido emisario dijo: «Muy noble hija de reyes, á mí y á los que han venido conmigo permítenos que estemos de pié delante de vos, según es costumbre, y que exponamos la misión, causa de nuestro viaje.»

«Yo os permito, contestó la reina, que digáis vuestro mensaje; os escucho con mi alma, pues sois un buen emisario.» Los demás sabían que ella no estaba dispuesta á ceder.

Así dijo el margrave Rudigüero de Bechlaren: «Inspirado por el más profundo amor, señora, Etzel, el elevado rey, nos envía á este país: ha enviado para que soliciten vuestro amor á muchos buenos guerreros.»

«Os ofrece un tierno amor sin mezcla de pena; promete ser siempre amante como lo fué con Helke que tanto le llenaba el corazón: el llevar sólo la corona, lo ha entristecido mucho.»

Así le respondió la reina: «Margrave Rudigüero, cualquiera que conociese mi cruel aflicción, no me incitaría ciertamente á amar á otro hombre; yo he perdido un esposo como jamás lo tuvo mujer alguna.»

«¿Qué puede consolar vuestro dolor», replicó el fuerte guerrero, «sino un tierno amor? Uno puede escoger y entregarse al que llene nuestro corazón. Para desechar tanta pena de vuestra alma nada os sería tan conveniente.»

«Y si consentis en amar á mi noble señor, tendréis bajo vuestro dominio doce ricas coronas. Además el señor de mi país añadirá treinta principados, que conquistó con la fuerza de su brazo.»

«Llegaréis á ser la soberana de muchos hombres altivos que estaban sometidos á mi señora Helke y de muchas hermosas jóvenes descendientes de reyes que tenía á su servicio.» Así dijo el muy elevado héroe.

«Si accedéis á llevar la corona con el rey, tengo encargo de deciros, que mi señor añadirá aún la autoridad soberana que disfrutaba Helke: todos los hombres de Etzel estarán bajo vuestro dominio.»

«¿Cómo podré» contestó la reina «llevar á mi alma el deseo de ser la esposa de un héroe? A mí me ha herido la muerte con un pesar tan amargo, que tendré que sufrir hasta mi fin.»

Los Hunos replicaron enseguida: «Muy rica reina, la vida que llevéis al lado de Etzel será tan cómoda, que si nuestros deseos se realizan, vuestra dicha será completa; muchos fuertes guerreros tiene el rey á su disposición.»

«Las jóvenes de Helke y vuestras vírgenes, formarán solo un acompañamiento que alegrará el alma de muchos guerreros. Seguid nuestro consejo, señora, y será un bien para vos.»

Ella respondió con noble acento: «Dejad ahora esos razonamientos hasta mañana temprano; venid entonces á mí y os responderé á la cuestión que os preocupa.» Los fuertes héroes tuvieron que hacer lo que decía.

Cuando volvieron á sus alojamientos, la noble señora hizo llamar á Geiselher y á su madre; á los dos dijo que ella debía llorar y nada más.

Así le respondió su hermano Geiselher: «Hermana mía, me han hecho saber que el rey Etzel podría consolarte de tus dolores y de tus perlas, si lo tomas por esposo: cualquiera cosa que puedan aconsejarte, me parece que debías acceder á ella.»



« Él podría en verdad consolarte » añadió Geiselher. « Del Rotten hasta el Rhin, de el Elva hasta el mar, no hay un rey que sea tan poderoso. Tú debes alegrarte mucho de que te escoja por reina. »

Ella contestó: « Querido hermano, ¿ cómo me aconsejas eso? Quejarme y llorar es lo que me conviene. ¿ Cómo podría presentarme ante los guerreros en su corte? Si en otro tiempo fui bella, hace mucho que no lo soy. »

La señora Uta dijo á su querida hija: « Haz, querida niña, lo que tu hermano te aconseja. Sigue á sus amigos

y serás feliz. Hace mucho tiempo que te veo sumida en profundo dolor. »

Ella había rogado mucho al cielo que aun fuera feliz :

que pudiera distribuir oro, plata y vestidos como cuando vivía su esposo el altivo héroe, ella no vivió más felices días.

Así pensaba Crimilda: « ¿ Debo yo entregar mi cuerpo á un pagano? yo soy una mujer cristiana y tendría que arrastrar siempre la vergüenza por todo el mundo; aunque me diera todas sus riquezas, no debo seguirle. »

En esto se afirmó. La noche hasta el día la señora la pasó en el lecho torturada por sus pensamientos. Sus brillantes ojos derramaron lágrimas hasta la mañana cuando fué á maitines.

A la hora de la misa llegaron los reyes; ellos tomaron de la mano á su hermana y le aconsejaron corresponder al amor del de Huneland. Ninguno de ellos halló á mujer más contenta.

Hicieron venir á los emisarios de Etzel que deseaban partir del reino de Gunter con un nó ó con un sí. Llegó á la corte Rudigüero: los guerreros le dijeron,

Que les parecían buenas las disposiciones del noble príncipe, que se les hicieran saber para volver á su país que estaba muy distante. Rudigüero fué llevado á donde estaba Crimilda.

Comenzó el guerrero á suplicar á la noble reina con amorosas palabras, que le dijera lo que había de responder á Etzel rey de su país. El héroe no halló en ella más que resistencia.

« No quiero conceder nunca mi amor á un hombre. » El margrave le respondió: « Eso no es obrar rectamente; ¿ cómo queréis dejar perder un cuerpo tan encantador? Podéis ser con honor la esposa de un excelente guerrero. »

De nada sirvieron sus ruegos hasta que Rudigüero dijo á la reina que él podría vengarla de las grandes penas que había sufrido. Entonces se comenzó á aliviar su dolor.

Dijo á la reina: « Dejad vuestro llanto; aunque tuvierais solo entre los Hunos nada más que á mí, á mis decididos parientes y á los que me siguen, cualquiera que os ofenda tendrá mucho que sufrir. »

Con esto comenzó á disminuir la aflicción de la señora y dijo: « Juradme, Rudigüero, que cualquiera que sea el

que me ofenda vos seréis el primero en vengar mi afrenta.» El margrave le respondió: «Estoy dispuesto á hacerlo, señora.»

Con todos sus hombres juró aquello Rudigero y le prometieron que los distinguidos guerreros del país de Etzel no le negarían nada que pudiera referirse á su honor: así lo juró Rudigero extendiendo la mano.

La fiel esposa pensaba: «Si puedo hacerme con tantos amigos, dejaré que la gente diga de mí lo que quiera por mi desgracia. Nada me importa, podré vengar la muerte de mi amado esposo.»

Pensaba: «Ya que el señor Etzel tiene tantos guerreros, haré lo que quiera cuando los mande. Él tiene tantas riquezas que podrá darme mucho; nada me ha dejado de mis bienes el cruel Hagen.»

Así contestó á Rudigero: «Si no me hubieran dicho que es pagano yo hubiera accedido con gusto y lo hubiera tomado por esposo.» El margrave replicó enseguida: «No digáis eso, señora.»

«No es pagano por completo, estad segura: estaba medio convertido mi querido señor, cuando se volvió pagano: si lo amarais, señora, no se perdería la esperanza.»

«Tiene tantos guerreros que son cristianos que cerca del rey no sufriréis pesar ninguno; yo creo que el buen rey volverá á Dios si os hacéis su esposa.»

Así dijeron sus hermanos: «Concédelo, hermana mía, y desecha la aflicción en que estás.» Le rogaron tanto tiempo, que al cabo dijo con tristeza delante de aquel héroe que sería de Etzel.

Añadió: «Yo os seguiré pobre reina! Os seguiré al Huneland tan pronto como tenga amigos que me acompañen á ese país.» Después la hermosa Crimilda dió su mano á los guerreros.

El margrave dijo: «Si entre los vuestros tenéis dos guerreros, yo tengo aquí muchos más; con estos podremos conducirnos con honor fuera del Rhin. No es menester que permanezcáis más tiempo entre los Borgoñones.»

«Quinientos hombres tengo conmigo y además mis parientes; os servirán aquí y cuando estemos junto á Etzel

harán lo mismo; yo obraré de igual manera cuando me lo advirtáis, para no caer en falta.

«Haced preparar vuestros caballos de viaje, nunca los consejos de Rudigero os causarán pesar. Haced advertir á las vírgenes que deben ir con vos; durante el camino encontraremos muchos guerreros distinguidos.»

Ella poseía aún ricos adornos por los que se había luchado en tiempo de Sigfrido y estos podrían llevarlos con honor, durante el camino, muchas jóvenes. ¡Oh! ¡cuántas buenas sillas se prepararon para las hermosas mujeres!

Los ricos trajes que había llevado en otro tiempo los prepararon para el viaje, pues les decían muchas cosas del rey; abriéronse entonces los cofres que hacía mucho tiempo tenían cerrados.

Muy ocupados estuvieron durante cinco días y medio sacando de sus envolturas lo que tenían guardado. Crimilda abrió su tesoro; quería hacer ricos á todos los que habían acompañado á Rudigero.

Ella tenía todavía oro del Nibelungenland: era su intención distribuirlo entre los Hunos. Cien mulas no hubieran bastado para trasportarlos. Hagen supo todas las noticias que se referían á Crimilda.

El dijo: «Por cuanto Crimilda no me ha de volver nunca á su favor, es menester que aquí se quede el oro de Sigfrido. ¿Porqué he de dejar á mis enemigos tan grandes bienes? Yo sé muy bien lo que Crimilda quiere hacer con ese tesoro.»

«Si se lo lleva de aquí, creo que lo distribuirá en hacer crecer el odio en contra mía. Ellos no tienen caballos para llevárselo: Hagen quiere guardarlo, que se lo hagan saber á Crimilda.»

Cuando á ella dieron esta noticia, experimentó amarga pena. También se lo dijeron á los tres reyes y quisieron oponerse. Como esto no sucediera, el noble Rudigero dijo con grande alegría:

«Rica hija de reyes ¿porqué lloráis ese oro? Tan sometido os está el rey Etzel que si os ven sus ojos os dará tantas riquezas que jamás podréis gastarlas; así os lo garantizo, señora.»

Le respondió la reina: « Muy noble Rudigüero, nunca una hija de reyes ha tenido tantas riquezas como Hagen me ha quitado. » Su hermano Gernot se acercó á la cámara del tesoro.

Con el permiso del rey introdujo la llave en la puerta. Distribuyó el rico tesoro de Crimilda que valdría treinta mil marcos ó más y lo hizo aceptar á los extrangeros; Gunter aprobó lo hecho.

Así dijo el de Bechlaren, esposo de Gotelinda: « Aunque mi soberana Crimilda tuviera tantas riquezas como en otro tiempo le trajeron del Nibelungenland, ni mi mano ni la de la reina las tocara. »

« Conservadlas para vosotros, yo no las quiero. He traído de mi país bastantes bienes para no carecer de nada en el camino: tengo lo suficiente para hacer todos los gastos del viaje. »

Ofrecieron á las vírgenes doce cofres llenos del mejor oro que pudo encontrarse de los antiguos tiempos, dándoles galas de mujeres de que debían usar en el camino.

La cólera del furioso Hagen era muy fuerte. Ella tenía todavía mil marcos de oro de las ofrendas y las distribuyó por el alma de su querido esposo. Parecía á Rudigüero que obraba con gran bondad.

La desgraciada reina dijo: « ¿Donde están los amigos que por amor á mí quieren viajar en mi compañía hasta el país del rey Etzel? Que tomen de mi oro y compren caballos y vestidos. »

El margrave Eckward dijo: « Todo el tiempo que he sido de vuestro acompañamiento, os he servido con fidelidad », y añadió el guerrero « lo mismo quiero hacer hasta el fin de mi vida. »

« Quiero llevar también conmigo quinientos de mis hombres que os servirán con gran placer. La muerte solo nos puede separar. » Crimilda dió las gracias al guerrero, se sentía conmovida.

Hicieron acercar los caballos; querían abandonar el país. Muchas lágrimas vertieron sus amigos. Uta la rica y muchas hermosas jóvenes demostraron cuanto de corazón querían á Crimilda; cien hermosas vírgenes del país ves-

tidas llevó consigo de la mejor manera. De sus brillantes ojos caían las lágrimas; grande alegría debía experimentar más adelante en el país del rey Etzel.

También llegaron con su acompañamiento, como la cortesía lo mandaba, el joven Geiselher y el rey Gernot, para acompañar á su querida hermana á la salida del país: llevaban consigo más de mil fieros guerreros.

También fueron con ellos el rápido Gere y Ortwein, Rumoldo el jefe de las cocinas que querían ir con ella. Hicieron preparar sus alojamientos para la noche hasta las orillas del Donau. Gunter los acompañó hasta poca distancia de la ciudad.

Antes de abandonar el Rhin enviaron rápidos mensajeros al Huneland para hacer saber al rey que Rudigüero le había conseguido la noble princesa.

Los mensajeros fueron muy deprisa: querían llegar pronto para conseguir gran honor y la rica recompensa de su mensaje. Cuando llegaron con la noticia, fué la más agradable que el rey Etzel había recibido.

Por esta grande alegría, el rey dió á los mensajeros tantos presentes que pudieron vivir alegres en la opulencia hasta su muerte. La satisfacción hizo desaparecer el pesar y los cuidados del rey.

## XXI.

DE COMO CRIMILDA FUÉ AL HUNELAND.

**D**EJANDO caminar á los mensajeros, haremos saber como la joven reina viajó por el país y donde la dejaron Geiselher y Gernot.

Llegaron hasta Vergen sobre el Donau. Allí se despidieron de la reina, pues querían volver al Rhin. No